

concilio; y dirigió él estas actas á los obispos. Les era necesario á estos algun tiempo, para que semejantes artificios pudieran ocurrir en el pensamiento y lograr el menor triunfo. Focio apoyó la suposicion de su concilio con el despacho de una carta circular á todas las iglesias de Oriente, carta que era un verdadero manifiesto contra la Iglesia latina, estilos y uso de aquella parte del símbolo que reconoce en el Espíritu Santo la procesion del Padre y del Hijo, lo que es conocido generalmente con la fórmula *Filioque procedit*: de ello trae realmente su fecha el cisma de los Griegos. Ocurria esto en el año de 888.... Echado Focio por el emperador Basilio, repuesto por el mismo príncipe despues de muerto Ignacio, y depuesto nuevamente en tiempo del emperador Leon, fué á morir en un monasterio en el año de 891. Las semillas de ambicion y superioridad eran como innatas en la Iglesia de Constantinopla. Se ve que el patriarca firmó en

el octavo concilio las actas ántes del Papa. En el año de 1014, el patriarca Eustaquio usó de empeños con el Papa para hacerse declarar patriarca ecuménico del Oriente; y si no lo consiguió, es necesario atribuirlo á las vigorosas representaciones del clero de Francia.

El patriarca de Constantinopla ocupaba un puesto tan elevado en el imperio, su autoridad se aproximaba tanto á la misma del trono, que él era fácilmente objeto de la ambicion, aun cuando lo que el patriarcado poseia, pareciera deber bastar para su satisfaccion. Así, en tiempo del emperador Basilio II, se vió al eunuco Juan, favorito del príncipe, y como sucedia á los favoritos de aquellos tiempos, dueño del imperio, no estar satisfecho con la elevacion del puesto que él ocupaba, sino aspirar á subir mas arriba todavía, elevándose sobre la silla patriarcal de la capital del imperio... Las cosas entre Roma y Constantinopla se habian mantenido en un estado de armonía

mas bien pasiva que activa, desde el último concilio de Constantinopla; pero el cisma definitivo, la separacion irreparable no podian tardar; sus elementos existian en la grandeza recíproca de las dos sedes, muy elevada cada una para reconocer á un superior: la rivalidad estaba en las cosas; como no hubieran acabado los hombres rivales encontrándose unos con otros?..... Oigamos al historiador del Bajo Imperio, vol. xvii, página 121.

« En este tiempo se manifestó aquella funesta division que separa todavía la Iglesia griega de la latina. La ambicion de los patriarcas de Constantinopla habia echado, mucho tiempo hacia, sus primeras semillas; como obispos de la ciudad imperial, pretendieron que habiendo mudado de residencia la magestad secular, llevaba consigo la gerarquía eclésiastica, y que la capital del imperio debia ser la del orbe cristiano. Infatuados con esta presuncion, se elevaron desde luego á la dignidad patriar-

cal, y tomaron unos vuelos superiores á los de los otros patriarcas del Oriente (1). Ultimamente habiendo llegado al segundo lugar, se propasáron en su audacia hasta disputar el primero á la Iglesia romana, usurpando el título de patriarca ecuménico; sin embargo, despues de Focio, que habia llegado en su arrogancia mas adelante que ninguno de sus predecesores, la Iglesia de Constantinopla, bajo una serie de diez

(1) La iglesia de Oriente contaba cinco patriarcas: los de Antioquia, Nicea, Jerusalem, Alejandría y Constantinopla.

Los patriarcas de Constantinopla tomaban en sus escritos el título de patriarcas ecuménicos del Oriente; pero la iglesia de Occidente no habia consentido nunca en ello. Eustaquio renovó sus solicitudes al lado del Papa; apoyándolas con el valimiento del emperador y con una recomendacion mas poderosa todavía, la del oro. Este corruptivo metal disponia de todo en Roma por aquellos tiempos; aun hacia él á los Papas. Juan XIX, que habia llegado por

y siete obispos, habia permanecido unida con la de Roma. Pero Miguel Cerulario, todavía mas fogoso, aunque ménos hábil que Focio, resolvió romper con la Iglesia latina; valióse del apoyo de dos personages de suma autoridad entre los Griegos, Leon, arzobispo de Archrides, y Nicetas Stetat, monge de Stude. Ningun cisma tuvo nunca mas frívolos pretextos, ni resultas mas extensas. Los Griegos hacian á los latinos el

esta via al pontificado, no se manifestó delicado mas que sobre la cantidad. Todo estaba convenido, y el embarazo consistia ya únicamente en los medios de ocultar la simonia, pero se traslució el secreto. Se indignó de ello toda la Italia; y el escándalo sublevó al clero de Francia. Escribió este al Papa con vehemencia, aunque respetuosamente; le representó la deshonra que de ello le resultaria á la santa sede. No atreviéndose la corte de Roma á despreciar las quejas universales, despachó sin concesion ninguna á los diputados de Constantinopla.

cargo de consagrar con pan ácimo, de comer carnes sufocadas, de ayunar los sábados de cuaresma, y de no cantar la *aleluya* durante este tiempo. Los Griegos clamaban tambien contra la ley del celibato impuesta á los sacerdotes, á los cuales permitian vivir con las mugeres que ellos habian tomado ántes de su ordenacion. La introduccion del *filioque* fué tenuta por una heregia, y la Iglesia de Roma condenada, como enteramente corrompida en la doctrina, disciplina, y costumbres. Cerulario prohibió toda comunicacion con Roma, y se apoderó de los monasterios que rehusaban someterse á su decision; excomulgó á los que se adherian al Papa, y llegó en su fanatismo hasta el grado de rebautizar á los ya bautizados por los sacerdotes latinos.

Asíse completó la obra comenzada por Focio: y el fanatismo religioso acabó lo que la politica ambiciosa habia empezado. Ocurrió esto, en el año de 1053, bajo el imperio de Constantino Monomaco. Desde cuyo

tiempo, la insolencia y soberbia de Cerulario no conociéron ya límites; y tuvo valor para decir al emperador: *os he dado la corona, y sabré ciertamente quitárosla.* Tomó el calzado de púrpura, reservado á los emperadores, diciendo que *si habia que hacer alguna distincion entre el sacerdocio y el imperio, debia ser ella en beneficio del sacerdocio.* No pudiendo soportarle ya el emperador Isaac, le desterró, y su muerte acaeció á tiempo para evitar su deposicion.

Es bien fácil de imaginar que los Papas usáron de sumos desvelos para reducir á los disidentes; y se renováron por espacio de muchos siglos las tentativas. Luego que se hubo manifestado el cisma, envió el papa Leon IX legados á Constantinopla; pero el artificioso Cerulario, á puro pretextos y astutos manejos, supo hacer inútil su mision. En el año de 1093, se abrieron, entre el papa Urbano y el emperador Alexis, negociaciones para la reunion de ámbas Iglesias, que embarazó el cisma

causado en Roma misma por el antipapa Gerberto. Desde este tiempo, bajo diferentes papas y emperadores, se contáron mas de diez tentativas de reunion: algunas tuviéron feliz éxito, pero el cisma se conformaba tanto con la naturaleza de las cosas y espíritu de los Griegos, que, despues de muchos esfuerzos, se volvía á caer en el mismo punto de division.

Príncipes, patriarcas, pueblo, despues de haber gustado de las delicias de la independencia, no podian ya volver á estar y permanecer bajo el yugo; cada nueva reunion acarreaaba otra nueva separacion; y luego que Constantinopla hubo tenido emperadores latinos, y por medio de ellos una nueva Iglesia latina, se refugió el cisma á la parte del imperio que estaba situada en Asia; permaneció ella enteramente griega en dominacion y religion. El cisma sostuvo al emperador griego contra el latino, y acabó proporcionándole los medios de triunfar de él; tan profundas raices habia echado el

cisma en los espiritus, despues la victoria ; el cisma , como era cosa indefectible, tomó una nueva fuerza ; anuló él los efectos de la conversion de algunos emperadores á la Iglesia de Roma ; redujo á poca cosa las resultas de los concilios de Letran y Florencia. En este último , se habia proclamado la reunion con una solemnidad que movia á creer en la perpetua extincion del cisma ; pero este postrer esfuerzo , tan infructuoso , como todos los demas, no hizo, por decirlo así , mas que deslizar sobre un pueblo que tenia una declarada propension hácia la separacion. Por lo mismo, de edad en edad , de generacion en generacion , se afirmó de un modo irremediable semejante propension , y formó aquella grande Iglesia griega que , abrazando el vasto imperio de la Rusia , una parte de la Polonia , Hungría , Bosnia , Esclavonia , la totalidad de la Valaquia , Moldavia , Grecia , Archipiélago , y extendiéndose á innumerables habitantes de la Asia y Africa,

cubre un espacio mucho mas dilatado que lo son los dominios que Roma cuenta en Europa , Asia , y Africa ; porque la América forma el mas vasto territorio del catolicismo : es muy reducido en Europa , nulo en Africa , y limitado en Asia á algunos puntos litorales.

Es cosa rara que las grandes mudanzas de los Estados no se consoliden por los yerros que la falta de luces , ó los vicios de su propio genio hacen cometer á unos hombres que se dejan llevar de un zelo falto de discernimiento y razon , y que , en nombre de este zelo , creen poder osarlo todo , imaginándose que los demas participan de todas sus afecciones , se someterán sin dificultad al yugo que se les imponga en nombre de semejante zelo , y que la fuerza suplirá la persuacion , ó , lo que todavía es peor , bastará para formarla. El mundo está lleno de los ejemplos de estos tristes yerros , y de sus funestas resultas ; no es la Grecia el único teatro de estas aberraciones ; y lo que pasó

en Constantinopla entónces, se repitió en otros lugares. El imperio había mudado de dueño en su residencia principal; cansados los cruzados de la pérfida hospitalidad de los Griegos, y de no hallar mas que una *posada* en Constantinopla, se habian apoderado de esta; Láscaris se habia ido huyendo á Asia, y trasladado á ella la residencia del imperio griego; la del latino se fijó en Constantinopla, y la Grecia europea obedecia al emperador latino, mientras que la asiatica reconocia exclusivamente al griego. Habia dos patriarcas, como dos emperadores; el cisma habia pasado el Bósforo, y refugiádose en Asia. Parece que esta posicion prescribia muchos miramientos y circunspeccion en la conducta que habia de observarse con un pueblo doblemente conquistado, en política como en religion, mucho mas numeroso que los vencedores, y que podia ser auxiliado en su resistencia de los competidores armados de sus nuevos dueños; todo

imponia pues la ley de una suma moderacion: por una casualidad notable, y contraria, por decirlo así, á lo que naturalmente debia esperarse, se manifestó sumamente moderado el príncipe, mientras que el clero tomaba el aspecto de la mas ardiente exaltacion. Reinaba en Constantinopla á la sazón Enrique, príncipe moderado, y que parece haber comprendido bien su posicion; pero, sentado en el trono de los emperadores griegos, halló en él lo que allí no cesó de turbar á estos, obstáculos de toda especie que el clero restablecido le hizo experimentar. Recorro aquí de nuevo á la relacion del historiador del Bajo Imperio, vol. XXI, p. 216 y siguientes: porque, en todo esto, no quiero poner nada de lo mio. «Se ve por las cartas del papa Inocencio, que Enrique hallaba mucha dificultad para contener á los preladados latinos, con quienes él cuidaba de llenar las sillas metropolitanas. Habiendo borrado en parte las turbulen-

cias del imperio los límites de las diócesis, no cesaron los obispos de usurparse unos á otros; y muchos de ellos, en la aspereza de su zelo, usaban de vejaciones para arrastrar hácia la comunión de la Iglesia romana á los Griegos, en vez de atraerlos por medio de las instrucciones, buen ejemplo é irresistible dulzura de la caridad. Enrique iba reuniendo poco á poco los espíritus con su suave gobierno y gracias que él sabia distribuir oportunamente, y muchos Griegos habian abjurado ya del cisma, cuando un prelado duro y soberbio llegó á introducir el desorden en los espíritus, y á destruir, por medio de la violencia, la obra que él creia adelantar. Para arreglar las contiendas que, en una Iglesia reciente, se suscitaban frecuentemente entre los eclesiásticos y seculares, fué enviado el cardenal Pelagio á Constantinopla, con título de legado. Pelagio, para realizarse en el concepto de los Griegos, afectó un fausto que, desde su entrada, indignó á los Grié-

gos á quienes él queria deslumbrar. Para mostrar que su persona representaba á la del sumo pontífice, no solamente toda ella iba cubierta con grana, sino que tambien los vestidos de sus criados, las mantillas, arneses, y bridas de sus caballos sobresalian con este resplandeciente color; lo que hacia tanto mas eco á los Griegos, cuanto el color de grana estaba reservado al emperador. Eran anuncios de la altanera conducta que Pelagio iba á observar. Dió él principio con amenazas contra cuantos osaran negar su obediencia á la Iglesia romana, y se manifestó armado de todas las fulminaciones que enciende un fogoso y precipitado zelo. Se encarcelaron los monges, fuéron cargados de grillos los eclesiásticos, se pusieron en entredicho y cerraron las iglesias. Habia precision, bajo pena de muerte, de reconocer por gefe de la iglesia universal al papa, y hacer mencion suya en el santo sacrificio. Este procedimiento tiránico, que usaba,

para establecer la verdad, de las armas que no convienen mas que al error, sobresaltó á todos los Griegos de Constantinopla. Pareció que el principe mismo daba auxilio á la conducta del legado, con prestar su autoridad para la ejecucion de sus sanguinarias órdenes. Sin embargo los principales de los Griegos, que habian experimentado mas de una vez la natural bondad del emperador, fuéron á echarse á sus plantas, y le dijéron: *Senor, al someternos á V. M., le hicimos dueño de nuestros cuerpos; pero no pudimos darle el imperio sobre nuestras almas ni cosas espirituales, las cuales están en poder de Dios. Hemos mudado de emperador, pero no de nacion ni patriarca. Nos obligamos á marchar bajo las banderas de V. M., en las guerras que le agrade emprender, pero no nos es licito el renunciar de nuestros preceptos religiosos. Librenos pues V. M. de los males con que se nos aflige, y dénos su licencia para ir en busca de un asilo á los lugares en que nues-*

tra Iglesia goza de libertad. El emperador, padre de todos sus súbditos, á cualquiera iglesia que estuviesen adictos, queria que fuesen igualmente felices bajo su reinado, como queria ser servido igualmente de ellos. Se arrepintió de su condescendencia; y, á pesar del legado, mandó volver á abrir las iglesias, desencarcelar y quitar los grillos á los monges y eclesiásticos; y serenó la tempestad que traia agitada Constantinopla. Pero, desde las primeras amenazas de persecucion, habiéndose sobresaltado innumerables frailes y curas, se habian refugiado al lado de Láscaris, que dió un abrigo á los primeros en los monasterios de sus dominios, y colocó á los segundos, unos en la iglesia patriarcal de Nicea, y otros en otras iglesias, en que halláron la subsistencia y libertad (1). «He aqui como, en cualquiera

(1) En el año 1215 se celebró el cuarto concilio de Letran; es el duodécimo de los gene-

pais, proceden los hombres de un zelo lleno de ardor, pero falto de luces. Luego que ellos lo han viciado todo con su zelo, van despues á escudarse con sus buenas intenciones. Infelices! que, con su incorregible torpeza, perdiéron á mas príncipes y reinos, que todo su zelo les servirá hasta la consumacion de los siglos; verdaderos instrumentos de daños para los hombres y cosas.

rales. Cuatrocientos dos obispos, ochocientos, tanto abades como priores, asistiéron á este concilio, en el que los embajadores del emperador latino ocupaban un lugar distinguido. El papa Inocencio, por su propia autoridad, anuló las elecciones anteriores de los patriarcas de Constantinopla, y nombró á uno que se aceptó por el emperador Enrique. La silla de Constantinopla fue declarada la primera del mundo cristiano despues de la de Roma. Se tomaron muchas disposiciones en este concilio para borrar los vestigios del cisma, y se arregló cuanto concernia á los Griegos unidos con Roma.

CAPITULO IV.

Gran cisma de Occidente.

En el año de 1303, el Papa Bonifacio VIII, muy conocido por sus contiendas con Felipe el Hermoso, rey de Francia, habia terminado su tempestuosa carrera. En el pontificado de este Papa, uno de los sucesores ménos edificantes que haya tenido San Pedro, se verificó uno de los establecimientos mas edificantes del culto católico, el de los *jubileos*. Le sucedió Benedicto XI, pero no ocupó la sede mas por espacio de nueve meses; tras él vino Juan de Gand, arzobispo de Burdeos: aquí da principio la dinastia, si se puede hablar así, de los Papas franceses, y su mansion en Aviñon, que duró setenta y dos años. Este Papa es quien, uniéndose con Felipe, destruyó la órden de los Templarios, por